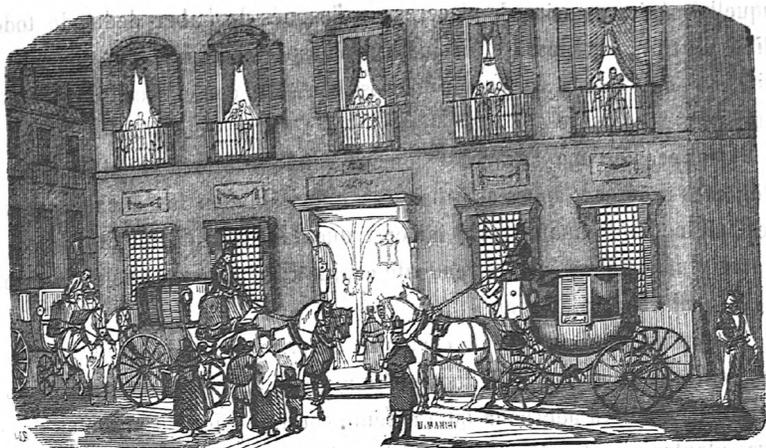


ño á sus felices habitantes. ¡Felices! ¡ay! no lo eran todos... don Eduardo padecía horriblemente. La calma era sepulcral... Todos menos don Eduardo dormían... mientras una figura siniestra vagaba con una pálida luz en la mano por el oratorio... Semejaba la aparición de un muerto.

Esta sombra desapareció poco antes de rayar el día 15 de mayo de 1824, día fijado para celebrar el casamiento del duque de la Azucena con la marquesa de Verde-Rama, y del jóven don Eduardo con la veleidosa Elisa.

La descripción de esta solemnidad y los inesperados sucesos que ocurrieron en ella, serán objeto del capítulo que sigue.





CAPITULO XXI.

LA PROFANACION.

¿Del bien perdido al cabo que nos queda,
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda,
Antes dejara el sol de darnos lumbré.

ERCILLA.

Donna, quest' é l' ultimo nostro addio.

ALFIERI.

Eran las nueve de la noche.

Multitud de lujosos carruajes rodaban en todas direcciones, conduciendo á la plazuela del Angel lo mas distinguido de la aristocr cia española.

La casa del duque de la Azucena ofrecia el aspecto de un palacio encantado. Abiertos los balcones por exigirlo así la crudeza de la estacion, aumentada por el ardor que despedian millares de luces, ponian en evidencia el asiático lujo de las magnificas salas donde reinaba el fausto, la suntuosidad y la alegría.

La pobre gente artesana agrup base en la calle para contemplar absorbita

aquella mágica mansion de placeres; y después de haber dedicado todo el día á un trabajo penoso, el deslumbrador espectáculo que ante sus ojos tenía, no podía menos de formar doloroso contraste con el recuerdo de sus penalidades y escaseces.

A los ecos de una agradable música veíase crecer la ebullicion de las elegantes señoras y apuestos caballeros que poblaban los anchurosos salones, en medio de una claridad inmensa que daba un colorido fantástico, radiante y maravilloso, al sorprendente conjunto de riquezas que un pueblo indigente miraba con estupor.

La profusion del lujo tenia comienzo en el cancel de la gran puerta que daba entrada al palacio del duque. Riquisimas alfombras cubrian el pavimento. La escalera adornada lateralmente con profusion de macetas de olorosas plantas y matizadas flores, rendia á los concurrentes el primer obsequio, prodigándoles deliciosos perfumes.

Los atavios del salon del baile eran verdaderamente régios. Primorosos cortinajes de finísimas sedas, cuyos colores estaban combinados con esquisito gusto, veíanse replegados de trecho en trecho por gruesos cordones con abultadas borlas de oro, que se desprendian de una manera graciosa entre las ondulaciones y elegantes pliegues, y formaban caprichosos doseles sobre multitud de espejos, cuyas anchas lunas multiplicaban todos los primores de aquel recinto encantador.

La inmensa variedad de trajes que ostentaba el bello sexo, todos á cual mas costoso y elegante, como si se tratára de una competencia en la cual aspirase cada beldad á descollar sobre las otras, sus ricos aderezos de perlas y diamantes, las joyas, flores y finísimas plumas de sus airosos tocados, todo realzaba esa donosura peculiar de las españolas, que ha escitado siempre la admiracion y envidia de las cortes extranjeras.

La mayor parte de los hombres vestian sencillamente corbata, chaleco y guantes blancos, frac negro como el pantalon, que perfectamente ajustado hasta la garganta de la pierna, dejaba ver la media calada y lustroso zapato de charol. Grandes pecheras en las que solia hacerse gala de un enorme alfiler de brillantes una cadena de oro que caia del cuello y se perdia entre los dos últimos ojales del chaleco, los pendientes del reloj que terminaban en multitud de pequeños objetos de capricho, y el sombrero plegado debajo del brazo completaban el traje de etiqueta.

Otros se holgaban en lucir sus grandes uniformes, cruces, placas, fajas, bandas y bordados de oro, debido lo mas á la intriga, lo menos al mérito.

En los cortos intervalos de baile que el silencio de la música indicaba, cruzaban en todas direcciones multitud de lacayos cubiertos de lujosas libreas, con bandejas de oro que contenian dulces y bebidas de todas clases.

Semejante profusion de lujo y esplendidez no podia menos de cautivar la atencion de la muchedumbre, y escitar todo género de reflexiones.

Unos manifestábanse gozosos de ver aquel magnífico espectáculo, como suele agrandar al espectador la vista de un maravilloso panorama. Otros hacian burla de las cortesías con que algunos concurrentes se cambiaban sus cumplimientos. Las mujeres se reian á grandes carcajadas de los preciosos adornos con que las viejas pretendian ocultar su fé de bautismo. La mayor parte lanzaban groseros sarcasmos contra semejantes destellos de la opulencia, porque atosigábalas el ver que aquellos magnates disfrutaban todo linaje de goces, mientras ellos arrastraban una vida penosa y miserable.

Vivia en frente del palacio del duque de la Azucena, ocupande el piso bajo de una humilde casa, una naranjera de muy buen humor, que desde las oraciones, con perjuicio de los transeuntes, solia obsequiar á sus tertulianos en la acera de su casa, y estaba con ellos tomando el fresco en amistosa plática hasta las once. Aquella noche se dilató la tertulia una hora mas, merced al baile aristocrático que tenian á la vista, y era natural que sobre él recayera toda la conversacion.

Cinco eran, inclusa la señora Fermina, que así se llamaba la naranjera, los personajes que formaban aquel corro democrático, á saber: un arquitecto ya respetable por su avanzada edad, un pintor de brocha gorda, un mozo de café sin colocacion, y la criada de la señora Fermina. El arquitecto y la señora Fermina ocupaban sus respectivas sillas; los demás estaban sentados en el duro suelo.

—Unos deseos tengo de ser rico—dijo el mozo de café meciendo la cabeza.

—Ese deseo le tenemos todos—añadió el arquitecto;—pero creo que ninguno de los que estamos aquí le verá satisfecho.... y tú menos que nadie.

—¿Por qué razon?

—Porque eres un holgazan.

—¡Holgazan yo!

—Ya se vé que sí, y sino, dime ¿ en qué te ocupas ahora?

— En buscar trabajo.

—Pero lo cierto es que pasas el dia holgando.

—¿Y qué quiere usted que haga si no encuentro colocacion? Desde que me despidieron del café me veo apuradísimo. Si no fuera por la señora Fermina que me dá algun socorrillo...

—¿Y por qué te despidieron del café?

—Decia el amo que andaba poco listo; pero no era esa la verdadera causa, porque yo he sido siempre muy activo y laborioso, sino que el hombre mas honrado tiene enemigos, y sin duda alguna mala lengua...

—¿De veras eres amante del trabajo?

—Muchísimo..... estoy en brasas cuando me veo con los brazos cruzados.

—Pues bien, yo te proporcionaré lo que desees.

—Yo no deseo mas que trabajar.

—Trabajarás en ciertas obras que estoy dirigiendo.

—Pero es el caso que no sé oficio ninguno.

—¿Quién no sirve para peon?

—¿Peon de albañil? ¡Dios me libre!

—¿Por qué?

—Porque no he nacido yo para tan *altos* destinos... suelo tener ciertos mareos y no me encuentro en disposicion de encaramarme por los andamios.

—Trabajarás en piso firme.

—¡Quiá! ¡Quiá! No quiero yo que se me caiga encima alguno de los que andan haciendo los volatines por aquellas tablas angostas... y me aplaste.

—Confiesa que eres un holgazan.

—Yo he nacido para un empleo de buena sociedad, y por lo mismo me dedico á mozo de café.

—Tambien es duro — dijo el pintor de brocha gorda dándose una palmas en la rodilla — que tenga uno que trabajar todo el dia como un negro para ganarse un mal pedazo de pan, y esos señores se estén regalando con el sudor del pobre.

—No sé yo si todos esos palaciegos — replicó el arquitecto dándose importancia de hombre entendido — habrán adquirido su elevada posicion por medios honrados, porque de todo hay en la viña del señor; pero los que por

sus méritos han logrado altos destinos, ó han adquirido riquezas por su talento y sus afanes, hacen muy bien en proporcionarse placeres que no estén reprobados por la sana moral. Su fortuna es tambien hija del trabajo.

— ¡ Buen modo tienen de trabajar — exclamó el mozo del café — bailando que se las pelan y atracándose de manjares exquisitos. Ese, ese es el trabajo que á mí me gusta y el que ando buscando.

Esta necia observacion hizo en los circunstantes el mismo efecto que si hubiera sido un chiste agudísimo; todos la celebraron con grandes carcajadas, particularmente la criada de la señora Fermina, que exhaló su hilaridad con un prolongado chillido. Era el único modo que tenia de tomar parte en la conversacion. Cada vez que algun dicho de los concurrentes le caia en gracia, chillaba dando un recio empujón al prójimo que mas próximo tenia.

— Eres muy necio — dijo en tono solemne el arquitecto al mozo de café. — En este mundo hay varios modos de trabajar. Yo, por ejemplo, no toco un ladrillo ni coloco una sola piedra en ninguno de los edificios que construyo. ¿Y por qué se me considera á mí el autor de ellos? Porque levanto los planos y dirijo las obras. Así tambien, la mayor parte de esos señores son muy sábios políticos, y si no les vemos trabajar materialmente con las manos, trabajan con la cabeza.

— En eso se parecen á los bueyes — repuso el mozo de café, mereciendo por esta nueva ocurrencia el segundo chillido de la criada de la señora Fermina y un aplauso general de estrepitosas risotadas.

— ¿Querrá usted tambien aprobar — preguntó el pintor de brocha gorda — los festines con que esos grandes señores insultan la miseria del pueblo?

— Ya se vé que sí — respondió el arquitecto; — pues lejos de ver un insulto á las clases pobres en esos saraos, son indudablemente un medio de aliviar en parte su miseria.

— Pues á mí no me sirve de alivio ninguno el verles bailar — dijo el mozo de café — y mucho menos el verles engullir golosinas.

— A buen seguro que no dirá lo mismo tu amo — replicó el arquitecto.

— Yo no tengo amo alguno en el día.

— El que tenias días pasados, pues parece que ha sido el encargado de las provisiones de boca.

— Y que no habrá sabido aprovecharse de la ocasion el angelito. Es hombre sin conciencia.

—Tú dices eso porque te ha despedido— exclamó la señora Fermina ;— pero yo tengo pruebas de que es muy buen sugeto. Esta mañana, sin ir mas lejos, todas las naranjas y limones que no pensaba yo despachar en quince dias, me los ha comprado, y ha cargado con ellas sin reparar en el precio, y pagándome al contado y en buena moneda. Hoy he hecho un gran negocio.

—¿ Lo veis? —dijo el arquitecto mirando con aire de triunfo á sus contrincantes — ya tenemos dos personas que han experimentado las ventajas de ese sarao ; porque es de suponer que los limones y las naranjas de la señora Fermina habrán servido para el refresco de los concurrentes.

—Así es la verdad —añadió la señora Fermina— segun ha dicho el mozo que ha venido por ellas, de modo que si todas las noches diese un baile el señor duque, tambien seria yo millonaria dentro de poco tiempo.

—Ahora preguntad á los músicos que están tocando,— dijo el arquitecto — y al cerero que ha suministrado los millares de velas que están ardiendo, y veremos si son de opinion que esos saraos son un insulto hecho al pueblo.

—De todos modos —replicó el pintor— son muy pocas las personas del pueblo que sacan provecho de las diversiones de los magnates, y en cambio de eso ¿ de dónde salen los millones que así se despilfarran en los palacios? De las contribuciones que paga el pueblo.

—El pueblo paga y gime —repuso el mozo de café— y los señores cobran y bailan. Váyase lo uno por lo otro.

El chillido de la criada de la señora Fermina, fué esta vez mas prolongado que nunca.

—¿Y pagais vosotros mucho de contribucion?— preguntó el arquitecto.

—Mas que nadie —respondió el ladino pintor de brocha gorda,— pues aunque no figuramos en las listas de contribuyentes, están en ellas el zapatero que nos calza, el sastre que nos viste, el tendero que nos vende el aceite, y lo que es peor de todo, el tabernero, que cada vez que recibe la papeleta de contribucion, añade media docena de cubas de agua á su depósito de vinos. El tendero que no puede poner agua en el aceite, aumenta su precio, y el sastre y el zapatero venden tambien mas caras sus prendas, de manera que en último resultado vienen siempre á pagar las contribuciones, precisamente los que no están en las listas de contribuyentes.

—No habia yo caido en eso—dijo el mozo de café.—Es decir, que cuanto mas vino se bebe, mayor es la contribucion que se paga. Si esto es así, milagro será que no sea yo de los primeros contribuyentes de Madrid.

Este chiste estaba algo embozado para la *suprema inteligencia* de la criada de la señora Fermina y no chilló; pero en cambio escitó las risotadas de los demás espectadores.

Dieron las doce y todos tuvieron por conveniente levantar la sesion, retirándose oradores y oyentes á sus respetivos domicilios, no sin disgusto de abandonar el fresco y los filarmónicos sonidos que exhalaba el palacio del duque de la Azucena.

Tambien en este encantador recinto de placeres tocaba á su término aquella brillante reunion, en la que tanto el mencionado duque como la marquesa de Verde-Rama hicieron ostensible su finura, su elegancia, su amabilidad, su esquisito gusto para obsequiar á los concurrentes con arreglo á las leyes del buen tono.

El gozo de estos dos personajes resaltaba en todas sus acciones, en todas sus palabras. No así el de la marquesita y el duquecito; pues á través de su forzada sonrisa y fingida amabilidad, traslucíase cierta espresion melancólica, que los circunstantes calificaron de aquella ruborosa timidez, natural en los que se casan demasiado jóvenes.

Todos se equivocaban. Elisa no habia olvidado al conde del Llano, y el duquecito contaba las pocas horas que habia de permanecer soltero, como las únicas de su vida. El desdichado habia resuelto suicidarse después de verificada la solemne ceremonia; aunque de manera que su muerte pareciera casual, para evitar la mancilla que su crimen irrogaria á sus parientes. ¡Tristes consecuencias de una *felicidad perdida, que solo deja angustias en el alma!* La primera caricia que el desdichado novio se proponia dirigir á su esposa, era... ¡el último adios!

Retiráronse los convidados sumamente complacidos y llenos de gratas emociones. Solo quedaron en el palacio los novios, sus padrinos, algunos parientes y amigos de los mas cercanos, y un ministro del altar recién llegado para solemnizar los dos casamientos.

Habia una espléndida cena preparada en una de las galerias que daban al jardín frente por frente de la habitacion de la Bruja.

Creerá sin duda el lector que esta misteriosa mujer, después de haber

sido la causa de que don Eduardo se allanara á los deseos de su padre, después de haber logrado con sus diabólicas tramas y abominables calumnias malquistar á los dos amantes, después de haber aconsejado al duquecito que se casara con la marquesita, se holgaria de haber oido el festivo rumor del bullicioso baile de bodas. No era así: La *Bruja* se parecia en aquellos momentos al demente que en sus mas furiosos accesos de enagenacion, desgarrara cuanto le viene á la mano, haciendo rechinar los dientes y arrancándose el pelo de rabia.

Esto hizo la *Bruja* mientras los ecos de la música anunciaban la alegría que reinaba en los salones del duque de la Azucena, y el frenético furor de la infeliz subió de punto al ver á los personajes que rodearon la opipara mesa de la galería.

Esceptuando el duquecito y la marquesita, cuya tristeza hacíase cada vez mas visible, todos los demás concurrentes destellaban júbilo y animacion. Los brindis se sucedian sin cesar, y á cada improvisacion seguian mil vítores y palmadas que demostraban habia llegado ya á su colmo el entusiasmo y general alegría.

Las carcajadas de la *Bruja* se mezclaban tambien con la gritería de los convidados; pero eran carcajadas horribles, destellos de ira y desesperacion. A estas carcajadas seguian desgarradores sollozos de angustia y abundantes lágrimas de dolor.

La humilde habitacion donde la desdichada exhalaba amargos ayes y la galería en que resonaban alegres brindis, estaban solo divididas por una hermosa plazoleta del jardin, que bañaba la argentina luna derramando melancólicamente sus pálidos resplandores sobre la verde espesura de olorosas plantas, árboles floridos, y varias macetas de azucenas amarillas, que habíanse encerrado en su capullo como temerosas de algun incidente siniestro.

Llega por fin la hora de la gran solemnidad, y convirtiendo la bulliciosa alegría en respetuoso y cristiano silencio, diríjense todos los concurrentes al oratorio, que estaba adornado con elegancia suma é iluminado con profusion de luces.

Una cortina de terciopelo morado con primorosos bordados de oro cubria aun la imágen de una virgen que ocupaba el centro del altar.

Colocados ya los novios, padrinos y testigos en sus respectivos puestos, apareció por una de las puertecillas laterales inmediatas al altar, un sacer-



(9.)

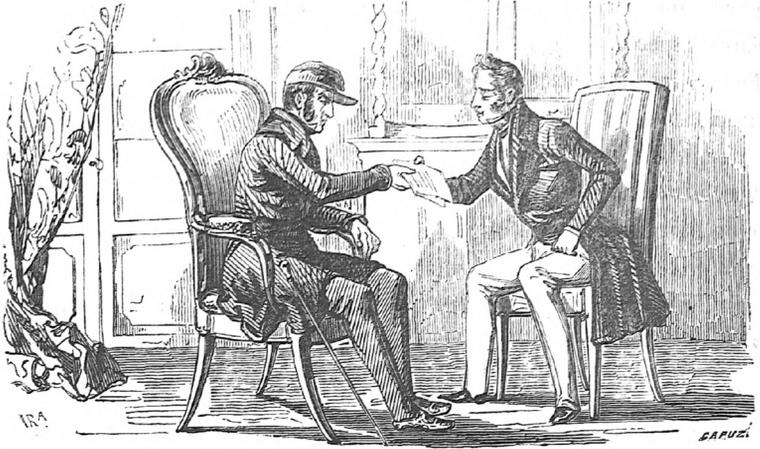
[Ayguals de Iseo hermanos, editores.]

dote venerable por sus canas no menos que por la bondad que respiraba su patriarcal aspecto.

En este instante describióse como por ensalmo la lujosa cortina; mas ¡oh profanacion inaudita! en vez de la sagrada imágen, ocupaba el hueco del altar el retrato de una hermosa gitana.

Apenas reconoció el duque en aquella inesperada aparicion á la jóven que ya en un baile de máscaras cruzó la sala á guisa de fantástica sombra, lanzó un grito de terror y cayó en el suelo víctima del accidente epiléptico que en tan grave peligro habia puesto otras veces su vida, y que sin embargo nunca le habia acometido con tan espantosa violencia.





CAPITULO XXII.

LA RISA.

Los maldicientes mundanos
Sufren menguas mas que menguas,
Que se esfuerzan en las lenguas
Acobardando las manos;
Mas quien tiene fama buena
De ser maldiciente huya,
Que el mas malo mas ordena
De matar la fama agena
Pues que no luce la suya.

J. DE LA ENCINA.

Quince dias después de la escena que hemos descrito en el capítulo anterior, el duque de la Azucena era aun el blanco de la chismografía palaciega.

Se acordará el lector que á consecuencia de la inconcebible aventura de cierta mascarilla que, en traje de gitana y cubierta de un negro velo, atravesó el salon donde daba el duque de la Azucena un baile de máscaras, los maldicientes, que tanto abundan entre los ociosos cortesanos, hallaron ocasion de inventar donosas historietas para poner en ridiculo al duque.

Afortunadamente entonces la marquesa de Verde-Rama supo despreciar todos los dicterios y calumnias de que era objeto su amante; pero la repeti-

cion del grave accidente del duque por idéntica ó parecida causa, pues solo se diferenciaban en que la aparicion de la misteriosa gitanilla fué la primera vez personal y la segunda por medio de un retrato, notable por su perfeccion, la impresionó de tal manera que no pudo menos de dar crédito á la opinion mas generalmente admitida, de que todo aquello era obra de alguna mujer celosa con quien el duque estaba aun en amorosas relaciones. Esta misma idea se glosaba de mil modos entre los aficionados á la murmuracion, y se censuraba ágríamente la debilidad con que la marquesa se habia espuesto á representar por segunda vez un papel tan desairado.

Era demasiado orgullosa la marquesa de Verde-Rama para no resentirse de los crueles sarcasmos de que era victima, y considerándose agraviada en su amor propio, no vió otro medio de acallar la maledicencia y vengar al mismo tiempo su dignidad, que dirigir al duque una carta en que le manifestaba su resolucion de renunciar para siempre al proyecto de los dos matrimonios.

Aunque esta carta estaba magistralmente escrita, en términos decorosos, y sin uno solo de los insultos á que suele apelar toda persona que cree ajada su vanidad, hizo profunda sensacion en el ánimo del duque de la Azucena.

En ella, como verá el lector, no se decia una sola palabra del misterioso retrato. Nadie osó nunca hablarle de él al duque temiendo que semejante recuerdo le originase un nuevo accidente, por manera que el duque estaba en la creencia de que aquella singular aparicion no habia sido mas que una vision de su delirante fantasia, y tampoco se le oyó pronunciar una sola palabra relativa á tan incomprensible como fatal suceso.

Es de notar que el retrato de la gitana solo estuvo un momento á la vista de los concurrentes, pues tan pronto como acometieron al duque las horribles convulsiones, la cortina que acababa de descorrerse volvió á cubrir aquella pintura profana, y cuando Ambrosio, después de haber acudido á socorrer á su amo con el elixir que tan eficaces y favorables resultados le producía, quiso averiguar por sí mismo la causa de tan estraña ocurrencia, habia desaparecido ya del oratorio el misterioso retrato. El pobre viejo se persignaba de asombro, y tuvo que atribuir tan raro suceso á un milagro con que la Divina Providencia quiso castigar el crimen que el duque de la Azucena parecia haber olvidado desde que se aproximaba su casamiento con la marquesa.

Los mas de los concurrentes no tuvieron tiempo suficiente para conocer

que la pintura que tuvieron á la vista, solo un breve instante, era un objeto profano. Otros ni siquiera fijaron la atencion en ella, contándose en este número el duquecito, que mas que nunca estaba á la sazón embebido en la aterradora idea de suicidarse.

Aunque conducido á su lecho el duque, después que el elixir habia calmado la violencia del mal, estuvo tres días sin recobrar los sentidos y otros muchos en un peligro al parecer inminente.

La marquesa y su hija retiráronse á su palacio la misma noche de tan deplorable suceso, y fueron visitadas por toda la aristocrácia. El móvil de estas visitas era á no dudarlo mas bien el deseo de satisfacer una curiosidad pueril, que el interés que en semejante caso debiera inspirar la verdadera amistad. Así es, que en vez de prodigarles palabras de consuelo, herian su amor propio con las picantes indirectas é impertinentes chismes, de los cuales llevamos ya hecha mencion.

Seguia el duque bastante enfermo, cuando recibió la carta de la marquesa, concebida en los términos siguientes:

«AMIGO MIO: SÉ QUE VÁ USTED RECOBRANDO SU PRECIOSA SALUD, Y TENGO EN ELLO UNA SATISFACCION IMPONDERABLE, EN MEDIO DEL DOLOR QUE ME CAUSA EL GÉNERO DE SU DOLENCIA. ME INTERESA USTED DEMASIADO PARA QUE NO HAYA TRATADO DE AVERIGUAR POR LOS SABIOS FACULTATIVOS QUE RODEAN Á USTED, SI HAY ESPERANZA EN CURARLE RADICALMENTE. SU CONTESTACION HA SIDO QUE TIENEN UNA COMPLETA SEGURIDAD DE SALVAR Á USTED; PERO AÑADEN QUE DEBE USTED RENUNCIAR Á TODO PROYECTO DE MATRIMONIO. YO QUE PREFIERO Á TODO LA SALVACION DE USTED, ESTOY RESUELTA Á NO VERLE Á USTED MAS, Y LE ACONSEJO, PORQUE ESTE ES TAMBIEN EL DICTÁMEN DE LOS SEÑORES MÉDICOS, QUE TAN PRONTO COMO SUS FUERZAS LO PERMITAN; EMPRENDA UN VIAJE LARGO, EN EL CUAL PUEDE ACOMPAÑARLE SU DIGNO HIJO, Y AMBOS OLVIDAR NUESTRAS RELACIONES, COSA QUE NO CREO MUY DIFÍCIL, PORQUE USTED TIENE DEMASIADA PENETRACION PARA NO SABER LO QUE LE CONVIENE, Y EDUARDO, BIEN DEBE USTED HABERLO CONOCIDO, NO ESTÁ MUY ENAMORADO DE ELISA.

PARA ESTOS CASOS CONVIENE APELAR Á LA RESIGNACION Y AL TALENTO, Y USTED QUE LE POSEE EN SUMO GRADO, CONOCERÁ QUE ES SAGRADA OBLIGACION MIA EL HACERLE ESTA FRANCA Y ESPONTÁNEA DECLARACION. NUESTRO

ENLACE NO PUEDE TENER EFECTO PORQUE IMPOSIBILITARIA EL TOTAL REESTABLECIMIENTO DE SU SALUD, Y ES DE TAL GÉNERO SU DOLENCIA, QUE SE TRANSMITIRIA Á NUESTROS HIJOS, SEGUN ME LO HAN ASEGURADO TAMBIEN PERSONAS INTELIGENTES, DE MANERA QUE NUESTRA UNION SERIA UN CRÍMEN.

VIVA USTED PUES SOLTERO, CON LA CONFIANZA DE QUE SOLO ASÍ SERÁ SU CURACION COMPLETA, QUE ES LO QUE DESEA CON TODO AHINCO SU MEJOR AMIGA

LA MARQUESA DE VERDE-RAMA.»

Hacia dos dias no mas que algo aliviado de sus dolencias el duque de la Azucena pasaba algunas horas fuera de su lecho, cuando se le entregó la carta de la marquesa de Verde-Rama.

Don Eduardo, que no abandonaba un momento á su padre, llenóse de sobresalto viendo la dolorosa impresion que le hacia la lectura de aquel papel. El duque le habia leido en silencio y para sí solo; pero no le fué posible disimular las acerbos emociones que sentia á cada frase en que apoyaba la marquesa su inesperada resolucion. Era sobrado sincero el amor que el duque le profesaba, y halagüeñas en demasía las ilusiones que le habia hecho concebir el proyecto de los dos casamientos, para que se hubiera mostrado indiferente á un cruel desengaño que destruia para siempre sus bellas esperanzas.

La carta de la marquesa desgarró el corazon del duque. Al concluir este su lectura, exclamó con la adolorida expresion del desconsuelo:

— ¡ Todo se acabó!... ¡ Ya no hay felicidad para mi en el mundo! —

— ¿ Qué sucede, padre? — preguntóle su hijo, receloso de alguna gran desgracia.

— Lee, Eduardo, lee y verás hasta qué punto llega la adversidad que nos persigue.

El duque entregó la carta á su hijo, y mientras este se enteraba de su contenido, permaneció aquel con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho en ademan de angustioso abatimiento.

¡ Singular contraste! precisamente las expresiones que mas habian atormentado al padre, parecia que el hijo las saborease con la sonrisa del placer, y al concluir la lectura, exclamó con jovial candor:

— ¿ Y esta carta le mortifica á usted? —

—Ella destruye mi dichoso porvenir. Tú sabes, hijo mio, que amo á la marquesa, no solo con sinceridad, sino con pasion. Verdad es que á los cincuenta años no suele hacerse ostentacion de fogosos arrebatos; pero se ama con el mismo ardor que á los quince, porque el corazon no envejece. A tu edad, Eduardo, el amor es un ciego frenesí que puede hacer cometer al hombre graves faltas y acaso crímenes que dejan en el alma profundas huellas de amargura. Por eso es un deber sagrado en los padres celar de continuo la conducta de sus hijos y no omitir medio alguno de hacerles vencer cualquier pasion bastarda; pero el amor que como el que yo profeso á la marquesa tiene su origen en la conviccion del acierto, el amor inspirado con el objeto de espiar estravíos de la juventud, el amor que vaticina la paz del alma, la tranquilidad de la conciencia y una dicha envidiable, atesora tantos atractivos que es preciso desgarrar el corazon donde germina, para arrancarle de él.

—Todo es verdad, padre; un amor que augurase tantos bienes sería una joya inapreciable cuya pérdida no sería fácil reparar; pero si lejos de producir las felices consecuencias que usted supone, es un tósigo lento que emponzoña la vida, tambien debe el hombre hacer todo linaje de esfuerzos para vencerle.

—¿Y cómo puede emponzoñar mi vida un dulce afecto en el cual cifraba yo las mas bellas esperanzas de un porvenir dichoso?

—Estaba usted en un gravísimo error, padre mio. Cuanto dice la marquesa en su carta es la pura verdad.

—¡La marquesa!... ¡Ingrata!... Después de tan finas promesas...

—¡Oh! no la culpe usted.

—¡Que no la culpe, dices!

—No señor, porque efectivamente son muy juiciosos los consejos que le dá á usted en esta carta.

—¿Y crees tú que su objeto sea mi salvacion?

—A lo menos lo manifiesta así... y bien terminantemente lo dice.

—Tienes razon, lo dice de una manera muy terminante; muy clara.... Y tanto que raya en desvergüenza.

—Es el lenguaje de una franca amistad.

—No, Eduardo, ese es el lenguaje de una insolente burla.

—No creo yo que sabiendo el delicado estado de la salud de usted se

complazca en agravarle con sarcasmos. No puedo dar esta calificación á sus palabras; mas bien me parece su franqueza hija de una intención laudable.

— Eres muy inocente, Eduardo. Hace muchos años que tengo afectuosas relaciones con la marquesa, y la conozco muy bien. Esa carta está enteramente desprovista de amor, y prueba que también se habrá estinguido en su corazón voluble. Concedo que sean sanos sus consejos; pero una mujer enamorada no hace gala de tan estóica resignación al decirle á su amante que se ausente de ella para siempre. La marquesa parece que halla un placer en aconsejarme que renuncie á su amor, y su carta arroja de todas sus líneas ciertos destellos de insolencia, que prueban no solo su desamor, sino la indiferencia con que rompe nuestros lazos para siempre. Esa carta no está dictada por un buen afecto, hijo mio, no; es un desahogo de una coqueta que se juzga agraviada y pretende vengarse...

— ¡Vengarse! ¿De qué?

— No lo sé, Eduardo.... es tan vanidosa esa mujer...

— ¿Pero en qué se la ha ofendido?

— Como estaba ya todo preparado para nuestras bodas, y al mismo pie de los altares se frustraron....

— Fué una desgracia que debía interesarla mas en favor de usted.

— ¡Dios sabe lo que aquella desgracia habrá dado que hablar en la corte! ¡Hay tantos maldicientes que se huelgan en amancillar la fama ajena! Y no fué mas que una visión mia... No tengo secretos para ti, hijo mio, y quiero que sepas la causa de mi accidente. ¡Siempre la misma sombra que tan horribles pesadillas me hace sufrir en mis sueños! Tu madre.... Siempre tu madre... La ví como te veo ahora....

— ¡Dios mio!

— Sí, Eduardo.... era ella.... era ella.... Vino á llamarme perjuro.... No pude oír su voz, porque caí sin sentidos.

— Tranquícese usted, padre.

— Estoy tranquilo — dijo el duque temblando; — pero no dudes que era tu madre.... Vino á estorbar aquel acto solemne.... Yo la ví.... yo la ví.... No quiere que me case....

— Pues bien, padre mio, no se case usted.

— No me casaré, no.... porque volvería tu madre.

Al decir esto sintió el duque un estremecimiento prolongado.

—Sea lo que fuere, lo que usted debe hacer es seguir los consejos de la marquesa de Verde-Rama, y de este modo quedará también apaciguada la sombra de mi adorada madre.

Una lágrima se deslizó de los ojos de don Eduardo al pronunciar el nombre de su madre.

—Tienes razón —esclamó el duque como volviendo en sí; pero se quedó triste y pensativo.

—Si la marquesa ha querido hacerle á usted un desaire; la mejor correspondencia de parte de usted es el desprecio. Olvide usted para siempre sus amores.

—Su acción es inconcebible... Sin duda me engañaba para satisfacer una venganza innoble. ¡Y dices que no la culpe! Su proceder es inicuo....

—Yo no lo creo así, pero sea lo que fuere no debe usted desazonarse.

—Este golpe, Eduardo, me ha de causar la muerte.

El duque se lanzó á los brazos de su hijo y poniendo en sus hombros las manos, apoyó la cabeza en el pecho del afligido jóven y derramó copioso llanto.

—Por Dios, padre mio —dijo enternecido don Eduardo, — considere usted lo delicado de su salud...

—Mi salud acaba de recibir una herida mortal.... No importa.... Si tú me amas, hijo mio.... si los que me rodean tienen compasión de mí.... debeis todos abandonarme como esa mujer á quien amo.... debeis dejarme morir.... en el sepulcro no sentiré el dolor que me atormenta....

—Padre mio!

El duque pasó el pañuelo por sus ojos y ostentó de repente una expresión de estúpida tranquilidad en su cadavérico semblante. Frio sudor manaba de su frente. Los ojos, como si quisieran saltar de sus órbitas, fijábanse en el rostro de su hijo de una manera siniestra, y escuchábale con la amarga sonrisa de un demente, mientras le dirigía el desconsolado jóven estas palabras:

—No, no.... usted no debe morir.... Debe usted conservar su vida.... debe recobrar su salud.... y ser la guía de un hijo que no tiene á nadie más en el mundo. Dice usted que la marquesa es una ingrata.... una mujer que ha engañado á usted con inaudita alevosía. Si esto es así, no puede estar largo tiempo oculta su perfidia, y una vez probada debe usted alegrarse de que no sea su esposa y olvidarla para siempre. Si al contrario, obra la mar-

quesa de buena fé ¿por qué no ha de seguir usted sus prudentes consejos? Yo he dicho antes que no debe usted culpar á la marquesa, porque lo que dice en su carta acerca de la opinion de los facultativos es la pura verdad. Esta opinion la ha manifestado mil veces delante de mí. Todos ellos están acordes sobre este punto. Aseguran que le curarán á usted perfectamente... cada dia conciben mas lisonjeras esperanzas; pero añaden que para alcanzar un éxito completo, y que su dolencia no se reproduzca, es indispensable que renuncie usted á toda idea de casamiento y emprenda un viaje largo. Yo le acompañaré á usted!... Tambien está mi corazon lacerado.... Tambien debo yo curarme de una pasion funesta. Padre mio, hemos estado en Francia, en Inglaterra.... nos falta que ver aun muchos paises dignos de ser visitados.... particularmente esa hermosa Italia cuyo clima es tan benéfico....

El duque empezó á reirse, aunque muy ligeramente, y á morder de un modo violento los dedos de entrambas manos.

Don Eduardo no reparó en estos infalibles síntomas de convulsion, y ansioso de consolar á su padre, seguia diciendo:

— ¡ Es tan hermoso viajar!..... Y cuando puede hacerse con toda suerte de comodidades es una delicia. Si Ambrosio quiere seguirnos, tanto mejor. El pobre viejo es tan honrado... Seria una ingratitud dejarle en Madrid. Además, aunque tiene ya muchos años, está fuerte, no adolece de ningun achaque y por milagro sufre la mas leve indisposicion. Esto es lo que debemos hacer, padre. Póngase usted pronto bueno..... yo tendré el mayor gusto en ir en compañía de usted.

— ¡ En mi compañía!....— dijo el duque riendo.— ¡ Insensato!

Y soltó una carcajada horrible.

— ¡ Padre! — exclamó sobresaltado el duquecito.

— ¡ En mi compañía!

— Sí, padre mio.

— Abandonadme todos.

— ¡ Oh! yo nunca.

— ¿ Tú no?

— No, mi querido padre... Yo quiero estar siempre en compañía de usted.

— ¡ Tú en mi compañía!.... Calla, imbecil.... Tú debes abandonarme el primero. Escucha.... escucha.... Yo abandoné á tu madre.... ¿ lo oyes?... La abandoné.... la dejé en la indigencia... Todos debeis abandonarme á mí como

acaba de abandonarme la marquesa.... porque es un castigo de Dios... Abandoné a tu madre.... tú debes abandonarme el primero....
 — ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!... ¡Hola!... ¡criados!... — gritó don Eduardo con toda su fuerza, viendo que iba á acometer á su padre el habitual accidente.

Los gritos del duquecito se confundían con la desgarradora risa del duque, risa que infundía horror y espanto.

Varios criados acudieron á los gritos del duquecito, y se presentaron en el momento en que abrazado este con su padre y no pudiendo resistir solo las violentas sacudidas del accidentado, cayeron ambos en el suelo.





CAPITULO XXIII.

LA ENFERMEDAD.

As Man, perhaps, the moment of his breath,
 Receives the lurkin principle of death;

POPE.

● L'Uomo a morir comincia allorchè nasce.
 ADAMI.

El día 7 de junio de 1824, á las once de la mañana, esto es, ocho días después de haber ocurrido la precedente escena, presentóse don Eduardo en la habitación de la *Bruja*.

La palidez de sus mejillas contrastaba con el carmin que coloreaba sus párpados.

—Usted ha llorado, señorito, —esciamó sobresaltada al verle la *Bruja*.

—Es verdad —respondió melancólicamente don Eduardo.

—¿Qué tiene usted?

— ¡Son tantos los pesares que me abruman!

— ¿Ha recibido usted alguna mala noticia de la señorita Enriqueta?

— Sabe usted que no quiero oír hablar de esa jóven.

— Hace usted muy bien; pero como yo conozco que aun está usted enamorado de ella, atribuyo esa tristeza á la perfidia con que la ingrata ha correspondido á un afecto que por ningun estilo merecia. Tenga usted mas amor propio, señorito, y no se degrade hasta el estremo de llorar por una jóven tan despreciable.

— No es ese ahora el origen de mis lágrimas. He dicho que son muchos los pesares que me agobian.

— Pero todos tienen el mismo origen. He dado á usted repetidas pruebas de que si no soy adivina, conozco perfectamente el corazon humano, y aunque usted quiera aparentar que no es la conducta de Enriqueta la causa principal de su melancolía, sé yo muy bien á que atenerme. Parece que ha olvidado usted el honroso título con que se sirvió favorecerme.

— ¿Qué título?

— El de confidente.

— ¿Por qué me hace usted semejante objecion?

— Porque veo que aun trata usted de ocultarme su debilidad. No necesito que me confiese usted que ama á Enriqueta con el delirio de siempre.

— Es verdad, la amo aun.

— ¿Y no se avergüenza usted de confesarlo?

— No sé mentir.

— Pero ¿cómo puede usted amar á quien hace gala de odiar á usted?

— No puedo creer que me odie... Es imposible.

— ¡Es imposible! ¿Pues no se lo ha dicho á usted ella misma?

— No lo he oido de su boca.

— Pero lo ha visto usted escrito de su propia mano.

— No sé.

— ¿Qué es lo que usted no sabe, señorito?

— Si escribió ella la desgarradora carta que usted me entregó de su parte.

— ¡Cómo! ¿desconfía usted de mí?

— No, Inés.

— Pues entonces...



- Perdone usted, no sé lo que me digo. ¡ Soy víctima de tantos azares!
- Dice usted que no cree haya escrito Enriqueta aquella carta.
- Me parece imposible que la haya dictado su tierno corazón.
- ¡ Tierno!..... Un corazón hipócrita no dá asilo á la ternura.
- Hipócrita una candorosa niña...
- ¡ Ah! señorito... las niñas de estos tiempos son maestras en el arte de fingir.
- Pero Enriqueta...
- Ha dado pruebas de ser una joven caprichosa.
- Engañar tan villanamente á quien la adora, á quien no le ha dado el menor motivo de queja, y hacer alarde del cruel engaño, no es un mero capricho, es una maldad horrenda.
- Pues si usted lo conoce, ¿ por qué la defiende usted aun?
- Porque no puedo concebir tanta perversidad en una niña.
- Pero esa perversidad es patente... Obra en poder de usted una prueba irrecusable.
- Mi corazón rechaza esa prueba.
- La razón debe admitirla.
- Yo no sé...
- ¿ Qué es lo que usted no sabe, don Eduardo?
- Si es cierto que Enriqueta me odia.
- Bien claro lo ha dicho ella misma.
- ¡ Cuántas veces se dice lo que no se siente!
- Es verdad, mayormente entre los que hacen un estudio para ejercer la hipocresía.
- ¡ Parecíame tan cándida!...
- Eso es saber fingir.
- Me destroza usted el alma, Inés.
- Porque está usted ciego..... porque no sabe usted apreciar su propio decoro.
- ¡ Inés!
- Perdone usted, señorito; pero por lo mucho que le aprecio siento que aiente usted un amor degradante.
- ¿ Es posible que me degrade el amar á una niña tan hermosa?
- ¿ Qué vale la hermosura cuando es compañera de la falsedad?

— ¡Siempre inflexible!

— Soy razonable y nada más. La hermosura no se debe buscar en el rostro, don Eduardo, sino en el corazón.

— ¿Y no es hermoso el de Enriqueta?

— Imposible parece que sea usted quien hace semejante pregunta; ¡Hermoso el corazón de una veleidosa que hace gala de su perfidia! Usted delira, don Eduardo.

— ¿Y si hay en este asunto alguna mala inteligencia?

— ¿Qué mala inteligencia puede haber?

— ¡Qué sé yo!

— Juicio, don Eduardo, juicio; y no se deje usted vencer por una coqueta.

— ¿Está usted segura de que Enriqueta es culpable?

— ¿Qué más quisiera yo sino que fuese inocente? Usted me ha oído mil veces ponderar sus virtudes.

— Por eso extraño que la zahiera usted ahora con tanta severidad.

— Es que ahora veo que nos ha engañado á todos; pero á usted más cruelmente que á nadie.

— No puedo creerlo.

— ¡Qué ceguedad! ¿No puede usted creer lo que está viendo? ¿Ha olvidado usted la insolencia con que se burla de usted en su carta?

— No, no olvidaré nunca unas expresiones que han desgarrado mi pecho.

— ¡Y en castigo de su perfidia la ama usted aun!

— Tiene usted razón, Inés; esa jóven merece mi desprecio.

— No debe usted verla más.

— No, no la veré.

— Ni amarla.

— No debo amarla, es verdad.

— ¡Y sin embargo la ama usted!

— Haré todo lo posible para olvidarla.

— Lea usted á menudo su carta. Reflexione usted sobre la burla que ha hecho de su amor.

— Es verdad, se ha burlado de mí con una crueldad inaudita.

— ¡Y la ama usted!

— No me es posible aborrecerla.

—Ni eso sería digno de su generoso corazón; pero considere usted que entre amar y aborrecer caben otros mil afectos. Yo creo que lo que debe usted hacer es lo que acaba de decir: dedicar todos sus esfuerzos á olvidarla.

—El recuerdo de sus gracias no se aleja un solo instante de mi pensamiento.

—Pues debe usted alejarle de él, mayormente cuando está en vísperas de entregar su corazón á una jóven digna de usted.

—¿Habla usted de la marquesita?

—Ya se vé que sí, pues aunque un suceso imprevisto estorbó que se llevarán á efecto el enlace de usted con la marquesita, y el del señor duque con la mamá, claro es que deberán celebrarse tan pronto como se restablezca su padre de usted.

—Está usted equivocada, Inés.

—¿Cómo así?

—Esos casamientos no se verifican ya.

—¿De veras?

—La marquesa de Verde-Rama lo ha resuelto así.

En este momento brilló en el rostro de la Bruja una llamarada de alegría, y cambiándose repentinamente en sobresalto, exclamó:

—¡Y qué!... ¿no ha sentido usted semejante desgracia?

—Ha sido para mí una fortuna.... que me ha evitado un crimen.... —repuso el duquecito acordándose de su premeditado suicidio, y para enmendar su imprudencia, añadió: —Porque es un crimen mentir en el mismo templo de Dios. Yo no podía entregar á Elisa un corazón que será siempre de Enriqueta.

—No, don Eduardo, no..... su corazón de usted debe ser de quien sepa apreciarle, pero nunca de quien tan villanamente ha hecho escarnio del más generoso de los hombres. Enriqueta no merece amor, sino compasión y desprecio. Es una niña casquivana, altiva á pesar de su bajo nacimiento, ambiciosa y audaz hasta la insolencia.

—¡Inés! —exclamó enojado el duquecito.

—No tiene usted más que repasar la carta que le escribí, para convenirse de lo que digo.

—Yo le perdono sus agravios, y no permitiré que nadie la insulte en mi presencia.